

Respuesta a Sami Nair

La barbarie de rostro mercantil

(Artículo publicado en "EL PAIS" 31/07/200)

Centenares de miles de personas se manifiestan por todo el mundo contra la globalización liberal; los gobiernos están pensando en reunirse, a partir de ahora, en secreto, y a ser posible en islas alejados de todo; y con la muerte del joven Carlo Giuliani, aparece el primer mártir de esta lucha que no deja de sorprender a los estúpidos apologistas del "fin de la historia".

Se trata de una globalización totalitaria en el sentido estrictamente comercial del término: su objetivo es ajustar el mundo a un sistema capitalista sin control, sometido únicamente a los imperativos del beneficio dictados por las organizaciones transnacionales. Implica el retorno de una gestión de la fuerza de trabajo que se creía vencida en el siglo XX gracias a la lucha de los movimientos sociales en los países avanzados. Y la progresiva globalización del empleo resultante de esta mutación significa la flexibilidad, la precariedad generalizada, la atomización de los asalariados. El empleo se convierte en una variante de la especulación financiera planetaria.

El culpable no es el mercado en sí. El mercado no es ni bueno ni malo: no es más que un medio de regulación de las relaciones sociales. Es el capitalismo sin reglas el que pudre, desde dentro, el mercado y la sociedad. Se beneficia de las innovaciones científicas más excelentes: globalizado, depende tanto de las nuevas tecnologías de producción intensiva y de evaluación inmediata de las ventas, gracias a los programas informáticos de gestión, como de la dictadura de los accionistas de los fondos de inversión, especialmente en Estados Unidos.

Su resultado es el que ya vemos, y que cada día veremos más, decenas de miles de puesto de trabajo suprimidos por aquí, centenares de ellos creados por allá; un baile permanente del destino social de los trabajadores del mundo.

Esto va emparejado a una tendencia igualmente estructural de ese capitalismo: el descenso, por doquier, del precio de la fuerza de trabajo poco o medianamente cualificada y, por lo tanto, de los salarios. Esta situación, que caracterizaba sobre todo a los países del Tercer Mundo, se hace hoy global.

La estructura del comercio se haya igualmente en pleno cambio, con consecuencias sociales que ello implica para los asalariados; hay una tendencia creciente hacia la venta ajustada de inmediato a una demanda sistemáticamente impuesta por una oferta imperativa. Una brillante muestra de ello es la manipulación del mercado de la telefonía de primera, segunda y tercera generación. ¡El baile de despidos también es prometedor en éste ámbito!

Este ataque frontal al destino individual y a la vida colectiva provoca inevitables reacciones espontáneas que recuerdan a los trabajadores del siglo XIX frente a los estragos provocados por el naciente capitalismo industrial. Ayer

se rompían máquinas; hoy, cuando éstas se hallan diseminadas por el mundo, se destruyen comercios que venden sus productos. Este movimiento de protesta es una revuelta contra la barbarie rampante de un sistema mercantil que ha escapado del control de los pueblos.

Rechaza la mercantilización del mundo, la reducción de todas las esferas de la vida cotidiana a las pulsiones del mercado. Sus manifestaciones de cólera no son más que la fase inicial de una toma de conciencia que debería aumentar y, sobre todo, ganar en madurez.

Pues, si bien este movimiento social globalizado que hoy nace de buen augurio, carece, sin embargo, tanto de un proyecto alternativo (¿cómo superar la globalización liberal socializando la riqueza mundial?) como de formas estructuradas de lucha (¿cómo organizar éste rechazo para hacerle irreductible?).

La historia de los movimientos sociales de los dos últimos siglos muestra que ningún movimiento social puede lograr sus fines si éstos no se traducen en objetivos políticos claros y posibles. La mediación política es insoslayable. Pero el movimiento contra la globalización liberal no existe ni sindical ni políticamente. Por el contrario, el capitalismo globalizado cuenta con la división de los intereses sociales –todavía no se ha visto a los asalariados de los países que se benefician de las deslocalizaciones apoyar a los de los países a los que ellos abandonan– y utiliza a fondo la ausencia de estrategia sindical trans-regional e internacional.

En cuanto a los partidos políticos, decir que están totalmente fuera de lugar es poco. Fascinados únicamente por la conquista del poder, por el reparto de cargos, de los privilegios, la mayoría de ellos se han convertido en fieles servidores de este sistema. La crisis que muestra el movimiento contra la globalización liberal es también la crisis de las mediaciones políticas.

En el fondo, y sea cual sea el modo en que se aborde el problema, caemos en dos interrogantes que las élites políticas se guardan muy mucho de subrayar: ¿cuál es hoy el estatuto de la soberanía ciudadana y, por tanto, del Estado que es su expresión frente al capitalismo globalizado? ¿Cuál es el papel de los partidos políticos frente a la dominación planetaria de la economía? ¿Es en alguna medida eficaz una política desconectada del poder legítimo del Estado por esa economía?

Plantear una cuestión significa resolverla; contrariamente a lo que afirman cotidianamente los legitimadores del liberalismo globalizado, el resurgimiento de movimientos sociales a escala planetaria es una brillante llamamiento a la acción pública y, por tanto, también estatal, frente a un capitalismo sin trabas.

El Estado, sustentado por la voluntad popular organizada, puede oponerse a la dominación del capitalismo globalizado. Representa el derecho frente a un sistema que sólo reconoce la fuerza de la riqueza. Encarna la voluntad de una nación, de pueblos, de grupos sociales, frente a un sistema para el que las naciones, los ciudadanos, son como mucho "parroquias culturales", individuos aislados, consumidores hechizados por las mercancías.

Hay que decirlo claramente: hoy como nunca el Estado es el garante del bien público frente al liberalismo desbocado.

Ahora bien, es obligado constatar que el triunfo principal de esta globalización liberal es precisamente tanto la deslegitimación del Estado (para qué serviría si vivimos en la época de "post-nacional") como la sumisión, a menudo cómplice, de las élites políticas, no sólo de derecha sino, además de izquierda.

Realmente se necesita una fe ciega para encontrar una diferencia decisiva entre el liberalismo desbocado de la derecha y el social-liberalismo de cierta socialdemocracia. Uno y otra coinciden en concebir, en el mejor de los casos, al Estado como un servidor de dicha globalización.

Prestar oídos a lo que dicen esas decenas de miles de manifestantes en el mundo es devolver al Estado su vocación de defensor del bien público frente a la actual tendencia a la privatización de los bienes colectivos presionando a los grupos de poder y a los que pretenden acceder a él; es contribuir a un renacimiento de la política desde abajo ofreciendo a los movimientos sociales la posibilidad de existir a través de formas originales de organización. Es también concebir la soberanía popular más allá de un "soberanismo" estrecho, de repliegue, conservador, tejiendo solidaridades entre las naciones, los pueblos, los grupos sociales a escala regional e internacional.

Pero aún más indispensable es hoy comprender que toda estrategia que sea únicamente "localista" está destinada a la impotencia. Al liberalismo mundial hay que oponer una acción mundial.

Es terrible que la suerte de siete mil millones de seres humanos dependa únicamente de la lucha, desenfrenada y anárquica, de los capitales por el beneficio a escala mundial. La comunidad internacional debe establecer, a través de la ONU, una estructura mundial de regulación y control de la actividad de las multinacionales, así como impulsar la transparencia de las especulaciones en los mercados financieros.

La OMC, el FMI, el BM, son hoy instrumentos de las sociedades transnacionales y de los países más ricos, pero hace unos años ha visto la luz la reivindicación de que, al lado del actual Consejo de Seguridad, se cree un Consejo mundial de seguridad económica, más democrático que aquél, fundamentalmente por contar con una representación más justa de los países pobres. ¿Por qué no hacer de ello una de las grandes reivindicaciones de la UE? Ello nos permitiría que la actual Comisión hable por fin de algo serio, y ejercer un peso efectivo a favor de un comercio mundial más equitativo.

Hay que gravar los enormes beneficios de las multinacionales con unos impuestos apropiados y distribuir prioritariamente lo recaudado entre unos programas de salud, de desarrollo de infraestructuras de base (agua, carreteras, etc.) en los países pobres. Hay que poner en marcha el Protocolo de Kyoto sobre el cambio climático. Es inadmisibles que, al bloquear su aplicación, la política despreciativa e imperial de Estados Unidos tome como rehenes a la totalidad de los países del planeta para único beneficio de los contaminadores estadounidenses. El pasado 23 de julio en Bonn, Europa cedió inútilmente al chantaje americano. Estados Unidos logró atenuar la lucha contra los Estados

contaminadores sin adquirir ningún compromiso frente a las otras obligaciones, puesto que se negó a firmar el acuerdo final.

Se abre una nueva época. Es la civilización humanista la que está en juego frente a la barbarie de rostro mercantil. Es un desafío. Debemos afrontarlo. Y rápidamente, antes de que caigan otros Carlo Giuliani.

Sami Naïr

(Sami Naïr es eurodiputado por el Partido Socialista Francés).

Respuesta:

La barbarie de rostro intelectual

"Realmente se necesita una fe ciega para encontrar una diferencia decisiva entre el liberalismo desbocado de la derecha y el social-liberalismo de cierta socialdemocracia..." y los discursos antiglobalizadores de los que intentan encabezar, como Sami Naïr, un incipiente movimiento mundial en contra del sistema capitalista.

Realmente el artículo del profesor no tiene desperdicio. Sus contradicciones, falsedades e "ignorancias" son tan grandes que he desistido de una crítica siguiendo el hilo de su discurso. Tendré ocasión de hacerlo en otras respuestas a los santones del movimiento anti-globalizador.

Tratándose de un corto artículo periodístico llama mi atención una constante repetición, desde distintas maneras, de unos adjetivos que usted debería explicarnos mejor. Cita *"un sistema capitalista sin control"*: ¿es posible un sistema capitalista "controlado"? Cita *"un sistema capitalista sin reglas"*: ¿es posible un sistema "con reglas"? Cita *"un sistema capitalista sin trabas"*: ¿es posible un sistema capitalista "con trabas"? Cita *"un sistema capitalista globalizado"*: ¿es posible un sistema capitalista no-globalizado? Y continúa usted citando sistema *"liberalista globalizado"*, *"liberalista desbocado"*, *"globalización liberal"*, *"globalización totalitaria"*,... etc.

Yo creo que los ciudadanos deberíamos a empezar a pedir explicaciones a tanta vaga retórica intelectual, como mínimo a las personas que pretenden encabezar un movimiento en contra la barbarie.

En principio puedo decirle que el problema fundamental no está en el adjetivo. El problema está en un sistema social de producción y de distribución de las riquezas que ya no es capaz de satisfacer las necesidades de la sociedad. Que ya no es capaz de extender ni incorporar a su forma de producción a los pobladores del Planeta. Que ya no es capaz de dar cabida a nuevas fuerzas de progreso que podrían dar solución a muchos de los problemas que la humanidad tiene planteados. Que ha dejado de ser un sistema creador y se ha convertido en un sistema paralizador y destructor.

Poner énfasis en el adjetivo, en las diferentes formas en las que el sistema ha desarrollado su dominio sobre las modernas sociedades desde el siglo XVIII no nos aporta en la actualidad ni un ápice de claridad. Es absolutamente confusionista.

Más aún cuando usted nos habla de una globalización totalitaria bajo un sistema liberalista... ¿en dónde ve usted este "liberalismo"? ¿En dónde ve usted "libre mercado"? ¿En dónde ve usted debilidad en los Estados? ¿En dónde ve usted el "*laisser fer, laisser passer*"?

El sistema capitalista ha adecuado sus "formas" de dominio a sus necesidades de desarrollo y expansión. Y lo ha hecho tanto desde formas democráticas como dictatoriales, proteccionistas o liberales. La fuerte intervención del Estado y el proteccionismo de la industrial nacional fueron, por ejemplo, tan propios del capitalismo keynesiano en los Estados Unidos como del capitalismo fascista italiano en el 1936. Como lo fue sin duda en la transformación capitalista de Rusia desde un Estado controlado por los bolcheviques (capitalismo sin propiedad privada).

Por lo tanto las "formas" nunca han explicado ningún sistema de producción social.

La crisis del sistema no está en "su forma". Está en su caducidad como sistema.

Por lo tanto convendría que nuestras eminencias intelectuales nos explicaran el porqué de su caducidad como sistema de producción.

Pero si ustedes creen que el sistema es "reformable" entonces comprendo perfectamente que nos hablen de "controles", "trabas", "regulaciones", "reglas" y "acciones mundiales antiliberales"...

Usted es un gran ignorante. El sistema capitalista tiene sus reglas claramente definidas. La apropiación de los recursos de la Tierra, de la aplicación de los conocimientos adquiridos, y del trabajo de los hombres para el beneficio privado. Esta regla (común en todos los sistemas de explotación anteriores) se realiza mediante la explotación del trabajo asalariado. Capital y trabajo asalariado son términos de una misma contradicción.

Es el beneficio privado el que conlleva la exclusión de millones de seres humanos de la producción y de la distribución de las riquezas, el deterioro de la naturaleza, la aniquilación de la vida... y el freno al desarrollo de las inmensas fuentes de progreso que siguen empujando en el seno de la sociedad.

Una segunda cuestión llama mi atención. *"Hay que decirlo claramente: hoy como nunca, el Estado es el garante del bien público frente al liberalismo desbocado"*.

Señor Sami Naïr, tendría que volver a las hemerotecas del pasado para encontrar un discurso tan defensor del Estado como expresión de la soberanía ciudadana frente un liberalismo desbocado.



Posiblemente en "La doctrina del fascismo", de B. Mussolini encontraríamos alguna similitud:

"Como antiindividualista, el sistema de vida fascista pone en relieve la importancia del Estado y reconoce al individuo solo en la medida que sus intereses coinciden con los del Estado, que representa la conciencia y la universalidad del hombre como entidad histórica (...) El liberalismo negó el Estado en nombre del individuo; el fascismo reafirma los derechos del Estado como expresión de la verdadera esencia de lo individual..." (B. Mussolini. 1932).

Ocurren estas cosas cuando su discurso intelectual se pierde entre las medias falsedades y las falsas verdades (aberraciones). Cuando el rigor científico es el gran ausente de sus análisis.

Aunque el Estado como tal es un concepto moderno del siglo XVIII, diferentes formas de Estado han existido desde tiempos remotos. Siempre han sido instrumentos del poder: por la fuerza de las armas, de la ley, de la manipulación ideológica, política o religiosa las clases dominantes se han consolidado y han intentado perpetuar su dominio. La apropiación para su beneficio privado de los resultados de un trabajo social colectivo (en cualquier sistema social) se ha basado en la defensa de las distintas formas de propiedad sobre los recursos y los medios que han tenido los hombres para producir la riqueza.

El Estado ha sido siempre el instrumento para consolidar el orden social imperante y legalizar el expolio.

De esta manera podríamos hablar ya de formas de Estado desde el momento en que en una comunidad tribal se creó una institución por encima de la sociedad que adquirió poder y autoridad.

La territorialidad sobre la cual las clases dominantes han ejercido su dominio (su territorio de expolio) ha ido cambiando en la medida que las sociedades se han ido desarrollando. Hemos pasado de territorios tribales a los imperios, de los territorios feudales a los estados- nación, y ahora a los Estados supranacionales.

Pero esta extensión de la territorialidad que ha supuesto un sin fin de calamidades y guerras de disputa no es fruto de la maldad de unos individuos. Es un proceso histórico imparable de la humanidad. Cientos de miles de años necesitamos para alcanzar formas de organización tribal, miles de años para construir imperios, centenares para vivir vigilados por catedrales y castillos amurallados, apenas quinientos para constituirnos en naciones y sólo un par de cientos para empezar a vislumbrar la posibilidad de considerarnos ciudadanos del mundo y para declarar nuestra Patria Tierra, Patrimonio de la Humanidad.

¿Y, usted, ahora, nos vuelve a hablar de los Estados- nación?

La territorialidad es un problema que no tiene nada que ver con lo que llama usted "soberanía ciudadana". Fue la burguesía quien creó el Estado moderno tal y como lo conocemos en la actualidad (no los trabajadores) sobre las ruinas de otras formas de Estado de la vieja sociedad feudal, sobre reinos, feudos, estados pontificios y condados. Nada pudo impedir entonces que las enormes fuerzas productivas resultantes de una gran revolución tecnológica quedaran frenadas por caducas fronteras territoriales. Nada pudo detener el

ferrocarril, la electricidad, el teléfono, el motor de explosión, el convertidor de Bessemer,... Fue también la burguesía (no los trabajadores) que se sirvió de su Estado-nación para emprender una expansión territorial agresiva y militarista en disputa con otros Estados-nación.

¿Hace falta que le explique a usted de qué manera la burguesía consiguió arrastrar a sus ciudadanos a las guerras mundiales?

Observe usted, por ejemplo, el mapa territorial europeo de 1914 y el de 1917 (después de la Gran Guerra) y explíqueme usted otra vez lo que entiende por "soberanía ciudadana". Explíqueme que tiene que ver los conflictos de intereses entre las grandes potencias y la "soberanía ciudadana".

Observe usted, por ejemplo el mapa del Imperio austrohúngaro de 1866, el mapa del Reino de Hungría anterior a la Gran Guerra y el mapa de la Hungría posterior al Tratado de Trianón (1920) y dígame cuál es el Estado-nación que usted va a defender próximamente para los conciudadanos de esta región. Le digo esto porque, como sabe bien, el Partido Socialista Húngaro ya ha aprobado el "DNI étnico" en defensa de los "húngaros" que viven en Austria, Eslovaquia, Eslovenia, Croacia, Yugoslavia, Rumania, Ucrania... ¡Nuevamente la barbarie nacional-socialista está en marcha!

El Estado como "*garante del bien público*" como "*encarnación de la voluntad de una nación*" es puro fascismo. Y ustedes, antiglobalizadores son los fascistas.

El Estado no está ni mucho menos "ilegitimado". Al contrario.

El Estado-nacional está siendo sustituido por Estados supranacionales, por instrumentos de control y de regulación a escala mundial. Por dos razones fundamentales.

Primero porque los grandes poderes industriales y financieros en los que se concentra apresuradamente el Capital ya no son "nacionales" sino supranacionales. Por lo tanto necesitan de instrumentos supranacionales: la OMC, el FMI, el Banco Mundial, etc.

En segundo lugar porque el desarrollo de las inmensas fuerzas productivas que empuja una gran revolución tecnológica, una constante innovación científica y técnica necesita "mundializar" los recursos, las riquezas, los sistemas de comunicación, el comercio, la investigación, etc...

Esto es lo que ustedes no han entendido, y este capitalismo "sometido únicamente a los imperativos del beneficio privado" ha entendido muy bien. La gran diferencia es que el sistema es incapaz de afrontar con éxito para el conjunto de la Humanidad esta mundialización y ustedes nos quieren volver a la barbarie del pasado.

Ninguna frontera nacional puede detener los nuevos medios de comunicación; ninguna "soberanía nacional" se puede aplicar ya sobre las ondas electromagnéticas, sobre los satélites que circulan en el espacio, sobre la investigación de la riqueza de los mares; ningún "patrimonio nacional" puede legitimar como propio el aire para respirar, el agua potable para beber, las fuentes energéticas y las primeras materias imprescindibles para nuestro desarrollo; ninguna "patente nacional" sobre el saber, la Ciencia, los conocimientos puede prevalecer.

En nuestro poder de decidir sobre este inmenso Patrimonio de la Humanidad reside realmente la "soberanía de los ciudadanos".

La otra soberanía que usted predica es la soberanía de los estúpidos apologistas del "fin de la historia".

Señor Sami Naïr, usted no entiende en qué consiste la barbarie.

El sistema capitalista se ha convertido en un sistema ineficiente. Es incapaz de producir para satisfacer las necesidades de la ciudadanía y de utilizar los grandes avances tecnológicos porque cuando lo hace (para obtener beneficio privado) aumenta el paro, excluye a un mayor número de ciudadanos de la producción y de la riqueza reduciendo constantemente su propio mercado. Se ha convertido en un sistema autodestructivo. Es incapaz de ofrecer ninguna esperanza a la Humanidad.

Esta es la razón de su trasgresión permanente a las propias leyes de la vida, a la destrucción de la naturaleza, al desequilibrio ecológico, el deterioro de los ciclos biológicos de los animales y las especies, a la emisión descontrolada de gases contaminantes a la atmósfera, al exterminio de las poblaciones civiles, al éxodo y las migraciones, a la ruina de las poblaciones mediante la destrucción de sus infraestructuras y el expolio de sus recursos, al mantenimiento de castas feudales en muchos pueblos de la Tierra, al resurgimiento de nuevas y viejas religiones.

Esta es la razón que la gran ley de la piratería y el saqueo sea la única ley sobre la cual se puede seguir realizando el beneficio privado.

Esta es la razón que la actividad productiva no pueda separarse ya de la actividad especulativa y mafiosa en donde no se puede distinguir entre élites industriales y financieras, políticos corruptos, gobiernos criminales, mafias militares y policiales, grandes traficantes de drogas, bandas de ladrones y estafadores, complejos farmacéuticos o multinacionales petroleras.

Esta es la gran estructura mundial que ustedes quieren "regular". A esta gran especulación les piden ustedes "transparencia". A estos grandes piratas y saqueadores les piden ustedes ¡una parte del botín para devolverlo a los saqueados... ¡

Usted olvida una de las grandes verdades de la Historia.

Hace tiempo que se escribió:

"La burguesía no puede imponer a la sociedad como ley suprema las condiciones de su existencia como clase. No puede reinar porque es incapaz de asegurar para sus esclavos la existencia bajo su régimen de esclavaje, porque se ve obligada a dejar que se mueran hasta el punto que se ve obligada a mantenerlos en lugar de ser mantenida por ellos" (Manifiesto Comunista).

Finalmente, señor Sami, le diré que la suya no es mi barricada sino la contraria. Yo le deseo un terrible fracaso. Yo haré lo posible para que usted no pueda arrastrar con su barbarie de rostro intelectual a los miles de ciudadanos, como Carlo Giuliani, a las batallas venideras.

Josep Agosto 2001